

El mundo y el mundo venidero

En nuestro estudio del Libro de Hebreos hemos aprendido mucho sobre el "mundo venidero". *"Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero"*, sino que lo ha sujetado al hombre; porque el mundo venidero es los nuevos cielos y la nueva tierra que Dios sujetó al hombre al principio, cuando todo era *muy bueno*.

Todo esto lo hemos repetido varias veces en nuestros estudios, pero nunca podremos agotar la verdad que contiene. La tierra era nueva e inmaculada por el pecado cuando Dios se la dio al hombre. Por la desobediencia del hombre, este perdió el dominio. Así, *"el mundo de entonces pereció anegado en agua"*. *"Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra para el fuego, guardados hasta el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos"*. *"Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia"*. (2 Pedro 3.6, 7, 13). Este es el *"patria mejor, esto es, la celestial"* que esperaban los patriarcas. (Hebreos 11.16). Debido a que buscaban esa patria mejor, confesando que eran *"extranjeros y peregrinos sobre la tierra"* (Hebreos 11.13), Dios no se avergonzó de ser llamado su Dios. Por lo tanto, todos los que son *"hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús"* (Gálatas 3.26) y, por ende, hijos de Abraham, y coherederos con él (Gálatas 3.7, 29), tienen su ciudadanía en el cielo (Filipenses 3.20. R.V.), donde Dios les ha preparado una ciudad.

"Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa". (Gálatas 3.29). Los que son de Cristo son cristianos. Todos los verdaderos cristianos son, por lo tanto, descendientes de Abraham, y con él son extranjeros y peregrinos en esta tierra, teniendo su ciudadanía en el cielo. ¿Qué tienen entonces que ver con *"este presente siglo malo"*; cuál es su relación con él? —son extranjeros y forasteros en él, y deben ser librados de él. (Gálatas 1.4). Su único objetivo aquí es *"guardarse sin mancha del mundo"* (Santiago 1.27), y salvar de él a tantas personas como les sea posible.

¿Qué hay de la idea prevaleciente de que los cristianos deben ocuparse del gobierno de esta tierra, y que ellos, por encima de todos los demás, son a quienes pertenece el gobierno de este mundo? ¿Qué aprendemos sobre la creciente idea de que la iglesia debe interesarse en la política y tener una influencia controladora en los asuntos del Estado? La total falacia de tales ideas es evidente por el hecho de que es el mundo venidero, y no este mundo, lo que Dios ha dado a su pueblo. En lugar de ser los que rigen este mundo, los cristianos son los que, por encima de todos los demás, deben mantenerse al margen. Son extranjeros y forasteros en este mundo, y no tienen más derecho a inmiscuirse en sus asuntos, o a intentar controlarlo, del que tendría un francés en Alemania, o un alemán en Inglaterra.

Este mundo pertenece a los hombres mundanos. *"Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre"*. (1 Juan 2.17). El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre, porque no es de este mundo, así como Cristo no es de este mundo; pero aquellos que ligan sus vidas a este mundo deben necesariamente pasar con él.

Satanás es el dios de este mundo, y aquellos que lo poseen y lo gobiernan, deben rendirle homenaje. Él ofreció los reinos de este mundo a Cristo bajo esa condición, pero el Salvador rechazó la oferta. (Mateo 4.5-10). Así debe hacer todo aquel que quiera seguir a Cristo.

Cuando los cristianos profesos están llenos de celo por las cosas de este mundo y buscan ocupar un lugar prominente en sus asuntos, demuestran que no conocen cuál es la esperanza de su llamamiento, ni las riquezas de la gloria de la herencia. (Efesios 1.18, 19). ¿Cómo pueden esperar convencer al mundo de que hay algo mejor para la humanidad, cuando no buscan más que lo que busca el resto de la humanidad? Si están completamente absorbidos por este mundo, ¿cómo pueden esperar que la gente les crea cuando hablan de las riquezas sobrepajantes del mundo venidero? ¿Un hombre que tiene diamantes a su disposición se llenará los bolsillos de barro? ¿Un hombre que es un príncipe, y que tiene un reino, un palacio y riquezas incontables, disputará con un mendigo por la posesión de una migaja de pan, o peleará con el barrendero por los trapos en la cuneta?

Este mundo es solo un lugar de espera. Estamos esperando que el Señor venga con la herencia eterna, y no sabemos a qué hora puede venir. Confiadamente no tenemos tiempo para establecer una residencia aquí, y mucho menos para buscar un cargo; y la cuestión de quién ocupará los cargos no tiene el menor interés para nosotros, ya que solo nos quedaremos *por una noche*, y *“la mañana viene”*. Un hombre que viaja en un tren nocturno por Francia, de camino de Londres a Ginebra, no pensaría que tiene tiempo para involucrarse en la política francesa. Así también ocurre con los cristianos en este mundo.

A los cristianos pertenece el mundo venidero. La palabra de salvación, que Dios pone en boca de sus hijos, es la palabra que ha de renovar los cielos y la tierra, así como a todas las personas que la reciben. El poder del Evangelio es el poder del mundo venidero. Pero si el interés de los cristianos se divide entre este mundo y el mundo venidero, su poder disminuye en la medida en que este mundo ocupa el lugar del mundo venidero; y así dan a la trompeta un sonido débil e incierto. Dejemos los asuntos de este mundo a aquellos que cierran sus ojos y oídos a algo mejor, mientras nosotros trabajamos con el poder del mundo venidero para salvar a tantos como sea posible de la ruina.